

# ¿Quién es Nonato Lyra?

EMMA VILLAZÓN

Es ineludible comenzar diciendo de *Nonato Lyra* (2014) que este libro es recuperado por Rodolfo Ortiz como un manuscrito póstumo de Arturo Borda que estaba en manos de Dioselinda Velasco vda. de Roa, y que este hecho se asemeja a la situación del «hallazgo de unos folios» que se narra tanto en *El Loco* como en *Nonato Lyra*. Si bien a Ortiz el manuscrito no se le aparece al azar como ocurre en esos libros, no deja de haber un «hallazgo», pues él considera necesario recuperar esas cuartillas y dispone su publicación. Esta semejanza entre los «hallazgos» merece destacarse, porque los que se relatan en las obras no son banales, sino los disparadores de la escritura. Como sabemos, el caso es que alguien descubre unas cuartillas anónimas, se extraña de lo que dicen y cree oportuno transcribirlas y publicarlas para dejar un registro. La excepción en el hallazgo de *Nonato Lyra* es que conocemos al autor del cuaderno. No obstante, llama la atención que el actuar de Borda se espejee en algo con las tramas de sus textos: en vida, él deja manuscritos para que sean leídos en el futuro.

Al respecto, estas líneas de *Nonato Lyra* pueden orientarnos a pensar un poco más en el hallazgo como un suceso significativo: «No me explico cómo pudo haber ido a dar a un basural de extramuro esta obra. No es, naturalmente, un libro de valía, pero es interesante y entretenido. Cuántos trabajos de algún mérito no se perderán así, quién

...me parece indispensable decir quién soy yo.

F. Nietzsche, *Ecce Homo*

sabe por qué?» (20). Si nos repetimos la misma pregunta, una posible respuesta podría ser: porque es necesario no solo que alguien se tope con un manuscrito extraviado, sino que la lectura del mismo afecte a esa persona y le provoque la necesidad de difundirlo. Por lo que habría que suponer que quien se deshace de los propios manuscritos, digamos voluntariamente, abraza la incertidumbre de una probable desaparición de lo escrito o de que esos papeles encuentren un lector. De todas maneras, el autor hace aquí un acto de desprendimiento mayor que aquel que publica su libro : entrega su obra al azar del olvido o al cobijo de una lectura. La arriesga con más énfasis.

Lo más interesante de estos desprendimientos es que, en los dos libros, el autor ficticio se desprende también de su nombre propio . En una obra lo conocemos con el adjetivo común el Loco, aunque este personaje recibe también otros nombres; y, en la otra, con una denominación escogida por el propio autor ficticio en un acto de autobautizo que hace de sí: «El tesoro de mi fortuna dejo para todos... Firmo y rubrico Nonato Lyra, porque me parece poético» (22). Tales desprendimientos no son una simple ocultación del nombre propio. En el caso de *El Loco* (1966), podríamos plantear que el acto de nombrarse para el supuesto autor-protagonista es el problema crucial que envuelve a toda la obra, porque justamente

este personaje entiende a la escritura como un camino de autoconocimiento y reflexión de la existencia propia, de la sociedad y del arte. Escribir se devela como una búsqueda existencial y a la vez como un acto en que se forja la vida como obra: «lo que le interesa a la humanidad es la obra, la calidad de la existencia del individuo» (923) —además, no olvidemos que él escribe con sangre (233). Así, el autor-protagonista explora sin piedad en su identidad al punto de desenvolverse, entre sueños o escenas fuera del sueño, unas otras instancias de existencia: a veces como periodista, un loco, Cristóbal Colón, el Demolador, el Arte, etc., lugares donde siempre late la voz exaltada de un poeta visionario y atormentado, y queda en suspenso la identidad misma. Podríamos decir que el núcleo de la trama de *El Loco* no es un conflicto que comprende acciones sucesivas, sino el «yo» visto como un problema para reflexionar, y que la trama misma de la obra es la pregunta ¿Quién soy?, o ¿quién es este «yo»? De modo que lo que perturba al autor-personaje no proviene de afuera específicamente, sino que está en sí mismo y a la vez en relación con el tiempo, el espacio y un discurso en torno a la identidad individual y colectiva que lo antecede:

Todo mi daño deviene de haber comprendido la naturaleza, la vida misma, con relación a lo único absoluto que puede valer para el individuo, es decir, con relación al yo. Luego lo que debo hacer es abolir la causa de mi daño que vive en mí: yo mismo, mi conciencia en espectación [sic] universal [...] —mátate oh floración carnal del mal— me dice en lo interior una voz misteriosa (239).

Pero si así consideramos que el «yo» es un problema, un obstáculo que oprime a la existencia, es necesario preguntarse si el autor-personaje se lo plantea en términos

de buscar una superación del mismo o si va hacia su acabamiento o anulación. Como sabemos, el Loco, aunque tiene repentinos deseos de suicidio, no los cumple, como tampoco llega a una especie de anulación definitiva de su conciencia —a pesar de que tiene experiencias con unas raíces mágicas y bebe mucho—, sino que se entrega, como él dice, a «la labor ruda en el análisis de la existencia» (234). Tomando en cuenta esto, si el autor-personaje llegara a una definición de sí mismo, clausuraría sin más el juego que le permite seguir respirando. Mirado de ese modo, el juego principalmente tiene que ver con el pensamiento, con mantener las preguntas abiertas.

Con respecto a *Nonato Lyra*, nuevamente destaca que el título de la obra sea el nombre que el autor-personaje de las cuartillas se da a sí mismo. Y si bien Ronald Roa, que guardaba los cuadernos y bocetos de Borda, tenía otro título «Para escribir sin morderse la lengua», frase que es una cita de los manuscritos, Ortiz corrobora esta importancia que Borda otorgaba al acto de nombrar(se), al preferir como título el nombre «Nonato Lyra». Así, en los títulos de los dos libros de Borda, relucen los autobautizos, por decirlo de alguna manera.

Pero ¿quién es Nonato Lyra? Ortiz dice es «un nuevo desaparecido» (2), y Roa: es «un personaje no nacido» (9). ¿Es válido hacerse esta pregunta considerando la trama de *El Loco*? Creemos que sí, considerando la necesidad de autonominación que se ve desde un comienzo, pero esta pregunta, siguiendo el gesto bordeano, debe hacerse sin apostar por una clausura, sino asumiendo una «labor ruda» de lectura, es decir, proliferando sentidos, sin fijar ninguno.

Rastreando la pregunta por el nombre en *Nonato Lyra*, nos encontramos en un comienzo con esto:

Quizás mi nombre propio sea Rebelde y Libre o Yaravec-pilpinto, Sagramor o quizás Inca Kjunu-Turiri. // Qué cosa bárbara no fue hallar todavía mi nombre para bautizarme. Y pensar que cualquier sátiro lo puede bautizar a uno. El nombre propio debe ser la síntesis de la personalidad, como un título (26).

Así, tenemos dos nombres no castellanos: el primero, del aymara, «yaravec» nos evoca al «yaraví», al canto que destaca por su tristeza en los aymaras, pero encontramos que «yaravec» es el agente de esa acción, es decir, el poeta y cantor aymara que recoge las tradiciones de su pueblo y las narra en forma de canciones, y «pilpinto», es un término castellanizado del aymara «pilpintu», que significa «mariposa». Una traducción algo literal de este nombre compuesto sería el «Poeta Aymara Mariposa».

El segundo nombre, Inca Kjunu-Turiri, nos lleva al quechua y al aymara. «Inca» nos conduce a los términos de «un habitante de los incas» o a la «autoridad máxima», al soberano de los incas. Esta disyuntiva se inclina más por el término de «soberano», ya que «Kjunu-Turiri» alude al cóndor y a una montaña que está en La Paz, conocida como Kunturiri. De manera que, ensayando una traducción posible, «Inca Kjunu-Turiri» estaría más cerca de «El Soberano Kjunu-Turiri», identificación que se asocia con la cordillera, paisaje que fascinaba a Borda, y que es recurrente en sus pinturas.

Desentrañando estos nombres, encontramos la necesidad del «autonombrarse» que ya vimos en el Loco, pero específicamente en este pasaje vemos que reina la alternancia, la «o». El personaje podía llamarse «Sagramor o quizás Inca Kjunu-Turiri», podía tener nombres en castellano «o» en aymara «o» en quechua. El personaje se autodenomina

«entre» un nombre y otro, especialmente entre varios, resulta uno con plurinombres. Por lo que podemos entender que si el autor-personaje firma como «Nonato Lyra», este nombre es un autobautizo más dentro de un largo recorrido donde el personaje continúa pensando otros nombres, aunque aquel con el que titula su obra sea el que «sintetice mejor su personalidad».

En esa línea, remarcando aún más este problema de la autonominación, leemos en Nonato: «Ahí está lo difícil: conocerse. Entonces quizás lo que más se aproxima a ello es el pseudónimo» (27). Tal declaración confirma lo que hemos estado proponiendo, al igual que en *El Loco*, en *Nonato* no se oculta el nombre propio por capricho, se lo deja a un lado, para abrir la puerta al autoconocimiento o a una búsqueda salvaje del «yo». En esta empresa, que se hace a través del arte, los pseudónimos se descubren como soportes provisionales, no máscaras, de este personaje que va en búsqueda de un «yo» profundo (más allá del nombre civil), que coincida con su personalidad. Así, al escribir se procede a conocer al «yo» profundo, a la vez que se va en pos de él, e implícitamente se lo construye.

Para asentar en algo la proposición de este «yo» profundo que aspira encontrar el personaje, vale tomar en cuenta estas palabras de Nonato Lyra:

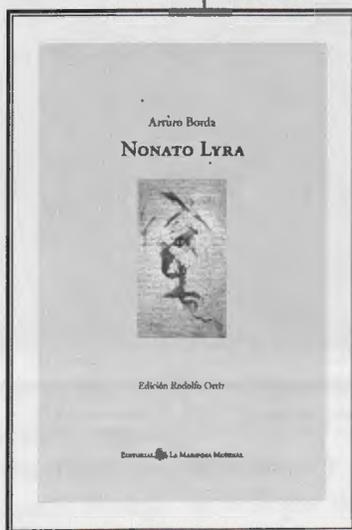
La forja de la obra de arte debe realizarse en la idea y seguridad de que no será conocida, lo cual despejará mayores lontananzas, obligando al autor a una severa autocrítica que pueda corregir limpiamente la idea, el sentimiento [...] y ser así verazmente, el estilo neto de una personalidad, que es lo que consciente o inconscientemente persigue el artista, ser él mismo, inconfundible como su cuerpo físico, cual una impresión digital: el descubrimiento y la revelación de su

Yo dentro del Yo parcial inequívoco  
(66-67).

Pero insistamos nuevamente, ¿quién es Nonato Lyra? Por lo ya expuesto, concordamos con Ortiz en que es «otro desaparecido» de Borda, en el sentido de que comunicar el nombre propio sería invocar la «presencia» de lo nombrado, la manifestación de un sujeto identificable, o de un sujeto con identidad, pero sabemos que este es un «desaparecido anónimo». Y a su vez también es un «personaje no nacido», como dice Roa, aproximación por demás significativa, porque puede aludir a quien se halla en un proceso de búsqueda y análisis del «yo». Es decir, el desaparecido no puede ser menos que un personaje «no nacido», un alguien que está en un proceso de autoconocimiento, por lo tanto: un alguien no nacido «todavía»,

y que se propone nacer en la lira, la poesía —a la que el Loco cabalmente concibe como «la pulsación de la vida» (309). Visto así, Nonato Lyra es el hombre-poema no nacido todavía.

Un «alguien poético en ciernes» («¿o estoy loco o estoy borracho?» (51)) que deja apuntes, versos y sentencias exaltadas que merodean en torno a la trágica y absurda existencia, con un tono rebelde y burlesco, lo cual le da una tónica diferente en relación con *El Loco*, porque en *Nonato Lyra* pareciera haber una marcada celebración por la carencia de las verdades buscadas. En más de un poema breve, leemos: «¡Viva la pena de alegrarse/ cuando se tiene/ triste la alegría/ de no saber/ de dónde se viene/ y adonde se va!» (29). Como un familiar del Dionisio nietzscheano, Nonato se mueve entre paradojas, con la razón ebria o fuera de quicio. ♣



## ALASCITAS

1. El trágico final de Arturo Borda hace imposible plantear la hipótesis de que él haya dejado su obra silenciosamente para que viviera después que él, pues él muere accidentalmente al tomar más que un trago amargo (ácido arsénico), según relata Jaime Saenz.
2. Sobre el acto del desprendimiento, son pertinentes estas palabras de *El Loco*: «Para imperar en las inteligencias y en las conciencias no hace falta la presencia ni arrogante ni humillada del individuo, ni siquiera ya sea su nombre o su sombra, basta la silenciosa persuasión [sic] de la lejana palabra» (920).
3. Una traducción más perspicaz y aguda para «Inca Kjunu-Turiri» es la que nos sugiere Andrés Ajens: «Inka nevado que resiste [donde *khunu* o *k'unu* ('nieve') califica a *thuriri* ('el que resiste', 'el que se tiene firme en pie')]; a menos que el turiri mencionado por Borda no se entrelace con *thuri* (Bertonio 1612, De Lucca 1986) sino con *turiyaña* o *turii'aña* ('bromear, hacer chistes', Miranda 1970) y entonces resistencia se troque en risa, del nevado Inka que sonríe...».